

Juan y Rafael Arellano, Francisco y Rafael Gaona, José María Rojas, Mariano y Miguel Torres, Pisano, Joaquín Valdés y Jesús Villanueva, de quien frecuentemente se habla en esta historia. También fué oriundo de Cocupao el célebre padre Torres, de la época de la insurrección, el que decía, cuando después de repetidas victorias sobre los realistas veía engrosar sus fuerzas con los tímidos y los ojalateros: "Sí; ahora que la ven *bueneona* se hacen *torreños*." Desde entonces se llama en Michoacán *torreños* á los patriotas de última hora, quienes generalmente alegan más méritos que los que han hecho toda la campaña.

Zacapu está en la margen Suroeste del lago de su nombre. Era antes de la conquista la ciudad sagrada de los tarascos. Posee fértiles terrenos y selvas vírgenes. Por decreto de 23 de Agosto de 1859 se le dió el título de Villa de Mier, en memoria del general insurgente D. Gregorio Mier, nativo de aquel pueblo, y que fué fusilado por los clericales en la ciudad de Morelia el 8 de Diciembre de 1830. El famoso padre Navarrete, uno de los batalladores más incansables de la primera guerra de independencia, nació también en Zacapu, fué miembro de la Junta de Jaujilla, situada en aquel lago, y figuró en alta escala en el ejército de Morelos.

Coeneo es un pueblo de pocos habitantes, extendido al borde de una ancha y profunda barranca. Está situado al pie del Zirate, hacia el Poniente. Posee grandes bosques, y en las inmediaciones hay planicies interrumpidas por terrenos pedregosos, cuyo acceso es fácil sólo para los conocedores. Por decreto de 22 de Noviembre de 1858 recibió el título de Villa de la Libertad. Fué patria de los insurgentes Nieves y Ramón Huerta y Felipe Arias; más tarde, del valiente guerrillero Francisco Ronda, padre del coronel D. Eugenio Ronda, y de los jefes Epitacio y Antonio Huerta, de los tres *Rafeles*, como les decían los rancheros á Garnica, Arias y Rangel, y de otros guerrilleros que se distinguieron por su valor en la revolución de Ayutla, en la guerra de reforma y en la de la intervención francesa.

De la mayor parte de los mencionados he dicho lo bastante para que se formen idea de ellos los lectores. Haré ahora

especial mención de D. Rafael Arias, el más valiente, el más honrado, el más respetado de todos. Este patriota era modelo de las virtudes indicadas. Su honradez rayaba en quijotismo. Jamás montó un caballo que no hubiese sido comprado en su justo precio, ni siquiera usó los arneses ó guarniciones quitadas al enemigo. Una vez ensayó en su corcel favorito un freno plateado que con todo y caballo ensillado se había recogido en una acción de guerra. El freno estaba que ni mandado hacer; pero lo dejó porque, según dijo, él no lo había "mercado." Era de un carácter apacible, y de las rarisimas veces en que se le vió enojado puede referirse esta: Una ocasión en que los traidores de Puruándiro, conducidos por un D. Simón Vargas, furioso imperialista, arrearon todo el ganado propio de los jefes de Coeneo, al llegar á la ciudad entregaron á los vaqueros el perteneciente á D. Rafael Arias, "porque de seguro, dijeron, lo había comprado á sus legítimos dueños." Cuando lo supo nuestro guerrillero se enojó fuertemente, y decía: "pues ¿no me llaman bandido en sus periódicos; por qué me andan distinguiendo?"

Había en su alma cierto misticismo vago é inconsciente que él traducía en prácticas religiosas del culto católico. Ilusionados por esto los promotores de la infame asonada de *cristeros* que devastó á Michoacán en 1875 y 1876, enviaron á ofrecer á Arias el mando de los insurrectos. Ya se comprenderá que el jefe liberal rechazó con energía é indignación esta propuesta. A los pocos días los clericales lo habían asesinado, de noche y á mansalva, lo mismo que veinticinco años antes hicieron con el otro célebre guerrillero D. Eustaquio Arias, muerto también á traición.

El centro de las operaciones de estos jefes, su punto de partida para expedicionar era Coeneo, en donde habitualmente residían, si bien de cuando en cuando, en la época de las siembras ó de las cosechas, se retiraban á atender sus trabajos á los terrenos que tenían arrendados en las haciendas de Bellas Fuentes, San Cristóbal y otras, ó á los ranchos de su propiedad, como Cótiro, Matujeo y Tungüitiro. Sus soldados eran también rancheros, generalmente medieros suyos; así es que en las referidas épocas se disolvían las fuerzas, yéndose jefes,

oficiales y clases á sus casas, con sus caballos y sus armas; pero listos todos para reunirse al primer aviso que recibieran.

Cuando entraban en campaña ocurrían á su cuartel general, que era Coeneo. Y tanto como eran valientes, eran también cautos y recelosos. En las noches se salían del pueblo y nunca dormían en un solo sitio de la sierra, sino en diversos mogotes. De día había siempre un vigía en el cerro del Calvario que está junto á la barranca, del lado opuesto del case-rio y desde donde se dominan á larga distancia los caminos. Tenían magnífico servicio de exploradores y de espías, los primeros á caballo y á pie; siendo curioso el hecho de que estos últimos, para contar á sus contrarios y examinar las cargas que llevaban, se subían y ocultaban en las frondas de los árboles que crecen á orillas de los caminos, y desde allí hacían el examen más completo de los elementos y número del enemigo. Los espías eran gente de su mayor confianza, y disfrazándose de buhoneros, de conductores de carretas, de vendedores de carbón, etc., entraban y salían á las poblaciones guarnecidas por el imperio. De esta suerte, rarisimas veces fueron sorprendidos, mientras que ellos sí daban *albazos* seguros.

Dejamos al general Régules en San Antonio de las Huertas: allí permaneció algunos días esperando que se le reuniesen los dispersos. A principios de Abril, con doscientos individuos de la clase de tropa y doscientos cincuenta entre jefes y oficiales, se dirigió al Sur de Ario, hasta la hacienda de Jorullo. Este movimiento tuvo por objeto proporcionarse recursos. En esos días hizo en la persona del Lic. D. Justo Mendoza el nombramiento de Gobernador de Michoacán, que, como he indicado, fué bien recibido por los habitantes del Estado, quienes veían en él al patriota, al hombre inteligente, instruido y honrado, dotes que habían reconocido también en el general Riva Palacio. Sin contar con la actividad, el talento militar ni la amplia esfera de relaciones de éste, tenía la circunstancia de ser michoacano, y esto halagaba el espíritu de provincialismo. Hubo de malo en este nombramiento que el general Régules, no obstante que Riva Palacio no había he-

cho renunciado del encargo, estando separado tan sólo temporalmente y con licencia del Cuartel General, no esperó á que regresara del Estado de Guerrero para indicarle la conveniencia de un cambio de personas en el gobierno. Así es que al hecho se le dió cierto carácter de destitución que nada podía justificar.

Entretanto ocurrían estos sucesos en el campo republicano, Méndez, que había regresado á Morelia, salió de allí el día 8 para emprender la persecución de Régules. Al llegar á Ario supo el movimiento de este jefe, y calculando que tomaría el rumbo de Huetamo, envió correos extraordinarios á México para combinar una expedición fructuosa sobre el caudillo republicano. Así es que, al mismo tiempo que de Zitácuaro avanzaba Clary con los argelinos y zuavos y con la antigua fuerza de *mexicanos* de Lamadrid, de Iguala salía sobre la margen derecha del Balsas la columna imperialista de Ortiz de la Peña. Méndez, por Tacámbaro y San Antonio de las Huertas, marchó sobre Huetamo, punto de reunión de las tres columnas combinadas.

Tan pronto como el coronel D. Leonardo Valdés supo que la línea de su mando iba á ser invadida, envió á Coahuayutla la maestranza, la imprenta y depósitos que en Huetamo tenía el Cuartel General, yendo todo al cuidado del general Cosme Varela. Valdés se apercibió á la defensa y solicitó del general Régules que tomase el mando de la tropa. El general no lo juzgó conveniente, y Méndez, el 25 de Abril, pudo ocupar á Huetamo sin disparar un solo tiro, pues que Valdés y los suyos evacuaron anticipadamente la plaza. Los imperiales avanzaron hasta frente á Zirándaro, sin pasar el río, y de allí regresaron á Huetamo, en donde incendiaron los archivos públicos y trataron en vano de que los vecinos firmasen una acta de adhesión al imperio.

Méndez, después de estos hechos, volvió al interior, siendo molestado en todo el camino hasta Rincón de Uruétaro por los tiradores de Valdés; Clary y los suyos regresaron á Zitácuaro, y Ortiz de la Peña, que se había retardado, se devolvió de Pungarabato.

Así terminó esta expedición de Méndez, sin resultado alguno; antes al contrario, sirvió para que los pueblos comprendiesen que los traidores no contaban con la opinión pública.

Mientras tanto, el general Régules, siguiendo su retirada hacia el Sur, pasó el río de las Balsas el día 28 y pisó el territorio del Estado de Guerrero, en donde si bien no fué hostilizada su fuerza, no encontró hospitalidad alguna. Se le exigía que pagara forrajes, y los soldados no comían su troncha si no compraban previamente las reses: no había el recurso de expedir recibos descontables en contribuciones, ni se podía imponer ningún préstamo, pues que el Estado de Guerrero no formaba parte del territorio encomendado al general en jefe del Ejército Republicano del Centro. Nuestra Comisaría no tenía un peso siquiera en caja.

Esta es la época que describe el historiador imperialista Alberto Hans, cuando al hablar de Régules, dice:

“Después de numerosas derrotas, sus tropas llegaron á un estado de desnudez y de miseria imposible de describir, y que él no podía remediar, no teniendo, como los jefes republicanos del Norte, la vecindad de los americanos que vendían armas y municiones.”

Fué la única vez que nuestros soldados pasaron al Estado de Guerrero, y repito que no pudieron permanecer allí porque se habrían muerto de hambre. Prefiriendo otro género de muerte, faltos de armas, sin parque, sin vestido, regresaron antes de tres días á Michoacán, encaminándose Régules otra vez á San Antonio de las Huertas; y Villada, nombrado nuevamente jefe de la línea de Uruapan, fué á situarse en el rancho de los Olivos, sobre el río grande de Apatzingán. En los días en que este jefe permaneció en aquel paraje sus soldados se alimentaban con sandías que tomaban de las *tamacuas*, y de cuando en cuando con algún pescado que lograban coger.

El general Régules puso á las órdenes de Villada la *gavilla* de Simón Gutiérrez. Como era de esperarse del carácter insubordinado y de la mala conducta de este capitán de bandoleros, lejos de someterse al orden con que se manejaba en todos sus actos su nuevo jefe, comenzó á cometer toda clase

de tropelías. Reprendido por Villada, trató de asesinar á éste, y no habiéndolo logrado, se desertó con su guerrilla y marchó á Jalisco, en donde el 17 de Mayo fué destrozado en Autlan.

Villada desplegó desde luego su acostumbrada actividad: recorrió el terreno del Carrizal y Tumbiscatio, levantó las acordadas y marchó, ya con alguna fuerza, sobre Apatzingán, en donde tenía su centro de operaciones el temible *manco* Espinosa, cuya adhesión al imperio conocer ya los lectores. Un mes permaneció Villada en aquella ciudad sin ser molestado, pues que Espinosa se replegó á Los Reyes. En consecuencia, el jefe republicano pudo entregarse tranquilamente en todo Mayo, á organizar su fuerza. El 3 de Junio, con ochenta infantes y doscientos jinetes, avanzó hasta Tancítaro, ampliando así su círculo de acción.

Por Zitácuaro peleaban sin cesar los chinacos, si bien no pasaban de verdaderas escaramuzas, que sostenían ó provocaban con frecuencia contra los argelinos y zuavos de Clary. Darío Alzati y D. Zeferino Gómez Gallardo hacían frecuentes apariciones en Camébaro; Ugalde merodeaba en el terreno y Castillo expedicionaba en los pueblos inmediatos. Esto tenía en constante alarma á los invasores, por lo que Bazaine envió á Zitácuaro dos compañías más de zuavos, y con tal auxilio, á fines de Abril quedaron cubiertos de guarniciones Zitácuaro, Laureles y Tuzantla. En esta última población puso su cuartel general Clary, permitiendo á sus soldados que saquearan las casas, y por su parte dió orden de que incendiaran la de D. Amador Landa, por sus opiniones notoriamente contrarias al imperio.

En estas circunstancias llegaba Eguiluz con sus oficiales al departamento de Zitácuaro. En la ranchería que está al pie de los Picachos de Cucha, se encontró con las fuerzas republicanas que mandaban los jefes Germán Contreras, Granda y Castillo, y ya juntos, en número de doscientos treinta hombres, de los cuales ochenta eran infantes, y el resto de caballería, marcharon sobre Tuzantla. Llegando á la orilla de esta población el día 3 de Mayo, se emboscaron en el cerro que está al Sur, en el punto llamado Arroyo Seco.

Desde allí desprendió Eguiluz á los coroneles Contreras y Limón para que simulasen un ataque. En efecto, llegaron á las calles de Tuzantla y lograron que Clary saliera persiguiéndolos hasta caer en la emboscada, en donde de una y otra parte se sostuvo el tiroteo, hasta que los franceses retrocedieron sin detenerse siquiera en el caserío, sino que á toda prisa fueron á tomar posiciones en una loma que está situada al Norte, en la orilla de la población. Allí permanecieron dos días, no sin ser molestados por los fuegos de nuestros tiradores. El día 5, aniversario de la derrota de los franceses en los cerros de Puebla, los chinacos quisieron honrar con su valor aquella fecha memorable. Desde muy temprano se prepararon á la lucha, y á eso de las cinco de la mañana formalizaron su ataque, que duró más de dos horas, pero que no tuvo buen éxito á causa de las formidables posiciones que ocupaba Clary. Entonces le ocurrió al comandante Genaro Román, jefe del Estado Mayor de Eguiluz, incendiar en varios puntos, al rededor de la loma, el pasto, que en esa época del año está completamente seco. Puesta en ejecución la idea, los franceses, que vieron acercarse á su posición y por todos lados llamas amenazadoras, abandonaron á toda prisa el campo y se retiraron rumbo á Zitácuaro, recogiendo de paso la guarnición que había en Laureles.

El día 10, concentradas las fuerzas francesas en aquella ciudad, emprendieron salir al encuentro de Contreras, que los perseguía, y quien les presentó batalla en el puerto de Izia-po. El enemigo no la aceptó, limitándose á un tiroteo, en vista de las posiciones que ocupaban los republicanos, y al retirarse de nuevo á Zitácuaro incendiaron la hacienda del Bósque. Contreras volvió á Tuzantla, en cuya población fueron reuniéndose varias partidas de chinacos en número de quinientos, número ya respetable; y en consecuencia se resolvió marchar sobre Zitácuaro.

No obstante que no era sensible la acción del Cuartel General; como se ve, nuestros guerrilleros no cesaban de combatir. En Morelia, por ejemplo, en donde había una escasa guarnición, frecuentemente llegaban hasta las garitas y pe-

netraban en las calles los jinetes de D. Manuel y D. Gerardo González, que mantenían en constante alarma á la capital. En una de esas ocasiones, el día 7 de Mayo, se atrevió á hacer una salida el coronel Loza hasta la loma de Santa María, regresando más que de prisa después de dejar dos muertos y once heridos en poder de los chinacos.

De mayor importancia fué un hecho de armas verificado en Zacapu el 26 del mismo mes de Mayo.

Había llegado un día antes á aquel pueblo la columna del coronel Doroteo Vera Quintana, compuesta del batallón tercero ligero que mandaba el teniente coronel Redonet, del 1º y 5º regimientos de caballería y del escuadrón de exploradores, cuyo jefe era el valiente Macario Silva. Estas fuerzas formaban un total de mil doscientos hombres, tan disciplinados y bien provistos como los de la brigada Méndez.

Garnica y Arias se encontraban en las inmediaciones de Zacapu con cerca de doscientos chinacos.

En la noche del 25 platicaban Arias y Garnica y trataban de adivinar el objeto que llevaría el enemigo al situarse en Zacapu. Repentinamente dijo el primero al segundo:

—Pues oiga, compadre, yo siempre voy á travesear mañana á Zacapu.

—Pues vaya, compadre, ni quien le diga nada.

Entonces Arias escogió veinte hombres, entre ellos á D. Víctor González, á Miguel Adorno, Simón Garnica, Juan Delgado, Román Ceja y Pedro Cerda.

A las cinco de la mañana cayó á Zacapu, á la hora en que ya el primer regimiento de caballería permanente tenía en las calles sus caballos para hacer la limpia. En el acto Arias dió orden á González de que con unos diez soldados arreará aquella remonta por la Angostura, camino de Zipimeo; y mientras D. Víctor cumplía lo mandado, llevándose más de cien caballos, Arias y sus compañeros asaltaban el cuartel de infantería que estaba en la casa de D. Jesús Luna: los infantes no tuvieron tiempo ni de coger sus fusiles, y á empellones echaron fuera del zaguán á los chinacos. Entonces éstos, para dar tiempo á D. Víctor González de alejarse del pueblo, se arrojaron sobre otro cuartel de caballería, y en el patio,

que era á la vez corral, lancearon tres dragones y lograron sacarse cinco caballos. En esto, ya Vera Quintana había organizado una compañía del tercer ligero, y con los dragones *desmontados* (como él mismo lo confiesa en el parte respectivo) logró que Arias evacuara la plaza.

Entretanto Macario Silva había hecho que su escuadrón de exploradores ensillara y estuviera listo en espera del 5º regimiento.

Vera Quintana lanzó esta columna de caballería en persecución de Arias, que se retiraba paso á paso por el llano de Buena Vista, en donde esperaba Garnica á su compadre. "Envalentonados éstos (dice el parte de Vera Quintana), sostuvieron un combate por más de media hora hasta que fueron derrotados, dejando más de veinte muertos y veinte prisioneros, y se les quitaron sesenta caballos."

En efecto, Garnica y Arias sostuvieron con todo brío la carga de la caballería enemiga, trabándose entre los jefes de una y otra parte varios combates personales. En medio de la refriega observó Arias que la infantería de Redonet, faldeando la loma conocida con el nombre de Cerrito de los Vallejos, trataba de flanquearlos. Entonces, sin hacer caso de los soldados del enemigo que lo rodeaban, se bajó de su caballo y con toda calma le apretó la cincha, diciendo á Adorno:

—“Pues *croque* ahora sí es de veras; apéese, amo, y apriete el fuste.”

Hecha esta operación, dieron la última acometida á Macario Silva, y luego se retiraron á galope hasta perderse de vista.

Vera Quintana mandó hacer requisición de caballos en los ranchos vecinos, para poder montar á sus dragones que se habían quedado á pie; y esta es la verdad de los sesenta que dice haberles quitado á los cuatro Rafaeles, suponiendo en su parte que también concurren Domenzain y Rangel, lo que no es cierto, pues como llevo dicho, sólo estuvieron allí dos Rafaeles, Garnica y Arias. Cuando Vera Quintana regresó á Zacapu y pasó revista á su tropa, vió que le faltaban más de sesenta infantes y cosa de veinte dragones.

Al día siguiente Arias y Garnica llegaban á Bellas Fuen-

tes, en donde ya los esperaba D. Víctor González con la magnífica remonta del primer regimiento permanente del ejército imperial.

Y mientras que así se peleaba en el campo, los jefes de las guarniciones en los pueblos ocupados por el imperio, ejercían toda clase de tiranías sobre los liberales que se arriesgaban á manifestar sus simpatías hacia los defensores de la patria. Sería largo referir todos estos episodios, y me limitaré á narrar dos en que se trata del teniente coronel Luis Vargas Madrigal, comandante militar de Uruapan.

El primero se refiere al célebre artista Manuel Ocaranza. Hacía meses que había fallecido su padre D. Luis, de quien he hablado en otra parte de este libro, y Manuel se hallaba consagrado á cuidar de su anciana madre, Doña Dolores Hinojosa, que estaba paralítica, y con quien compartía una vida de pobreza. Manuel era querido por todos en Uruapan, y habiendo llegado el 31 de Mayo, día de Corpus, sus amigos lo obsequiaron con un banquete onomástico en la fonda de Doña Basilia, “La Embarcación,” si la recuerdan los lectores. Era un grupo numeroso de anfitriones, entre los que se hallaban D. Ramón Romero y D. Martín Calvillo. En medio del entusiasmo que reinó durante la comida, Ocaranza, que siempre respiraba patriotismo, propuso un brindis á la memoria de Salazar y de sus compañeros, sacrificados por la traición el 21 de Octubre del año anterior. La palabra fácil y galana de Manuel, sus ideas levantadas y la melancolía que imprimió á su acento, hallaron eco en el corazón de los concurrentes, que con los ojos llenos de lágrimas aplaudieron estrepitosamente. Empero no faltó un delator que fuese á dar aviso á Madrigal de lo que pasaba en la fonda. En el acto envió una patrulla á aprehender á los *facciosos*, la que no logró apoderarse más que de Ocaranza y de los dos vecinos mencionados, porque los demás huyeron salvando las tapias por el interior de la casa. Aquéllos fueron conducidos á la cárcel, y el jefe militar, intencionalmente, los condenó á pagar una multa de cincuenta pesos al *reo principal*, y de veinticinco á sus cómplices; ó á falta de pago, á permanecer presos: agregó

que si los demás vecinos reunían el dinero en suscripción se recibiría, pero como una nueva multa impuesta á los generosos.

Romero y Calvillo satisficieron su cuota; pero Manuel no tenía con que pagarla, y en consecuencia siguió habitando el interior de la cárcel, confundido con los criminales que, menos despiadados que aquel jefe, trataron al preso con toda clase de consideraciones. Por muchos días la anciana madre de Manuel se encontró sin apoyo, entregada á toda clase de sufrimientos.

Entretanto, Manuel, para no estar ocioso en la cárcel, había mandado que le llevasen su caballete, la paleta, los pinceles y un lienzo en que estaba pintando. Lo que pintaba era el retrato de Ronda, jinete en su caballo tordillo el *Forey*, soberbio corcel normando perteneciente á De Potier, á quien le había sido quitado en la acción del puente de Huamiqueo. Al saber Madrigal lo que hacía Ocaranza se puso furioso hasta el delirio; pero por una de esas aberraciones del espíritu en los hombres de carácter violento, mandó poner en libertad al preso para que no siguiera dando escándalo; no tan pronto, sin embargo, que no hubiese éste tenido tiempo de concluir su trabajo. Cuando Ronda y María, su esposa, recibieron en Coeneo el cuadro, él se quedó admirado del exacto parecido del caballo, y ella de la fiel semejanza del jinete con su querido chinaco, entusiasmándose á tal grado, que con un propio se apresuró á enviar á Manuel Ocaranza una gratificación de quinientos pesos.

El otro episodio es el siguiente:

El gobierno imperial había dispuesto, como en los años anteriores, que se solemnizara el 16 de Septiembre con la pompa que fuese posible en cada localidad. Uruapan era notoriamente hostil al imperio, y esto hacía temer á Madrigal que los habitantes no se prestasen á tomar participación en la fiesta oficial, sino que se reuniesen en alguna casa ó huerta, y, privadamente, si bien con todo entusiasmo, según lo habían hecho el 5 de Mayo del año en curso, celebraran el día de la patria. Había que impedir esto y que hacer la ostentación oficial, y tanto porque entre los pocos *mochitos* de Uruapan

no había uno solo capaz de pronunciar el discurso, como por dar un mal rato á los liberales, nombró orador oficial al C. Aristeo Mercado, quien rehusó el encargo; pero Madrigal, lleno de ira, le dijo:

—Escoja vd., la cárcel ó el discurso.

—Si no es que son las dos cosas juntas, murmuró Aristeo.

—¿Qué está vd. diciendo?

—Que pronunciaré el discurso.

Llegó el día de la patria; la concurrencia era numerosísima, sobre todo de liberales.

Aristeo Mercado subió á la tribuna, y con buen decir pronunció un discurso patriótico cuyo epílogo era un apóstrofe á la libertad, que, como un sol esplendoroso, bañaba ya con sus rayos todos los ámbitos de la República.

Un aplauso nutrido y vivas á la libertad y al orador, respondieron á aquellas palabras, que hacían una alusión á los triunfos de los republicanos que se multiplicaban en el territorio nacional. Aún resonaba el eco de los aplausos, cuando Aristeo Mercado y los que habían provocado la ovación estaban ya en la cárcel: estos últimos eran D. Toribio Ruiz, D. Tomás Torres y D. Antonio Mendoza.

Al día siguiente salió desterrado D. Toribio Ruiz; libre Mendoza porque era *mochito* y aplaudió inconscientemente, y remitidos á Morelia para ser juzgados por la corte marcial Mercado y Torres, quienes en aquella ciudad quedaron libres, porque, afortunadamente para ellos, Méndez se hallaba ausente por el rumbo de Jalisco.

Hoy es Gobernador de Michoacán D. Aristeo Mercado, y funciona como Prefecto de Ario, en el mismo Estado, el coronel Luis Vargas Madrigal.